

RESSENYES

El interesante libro surge de una selección del contenido que integra la tesis doctoral que defendió Giselle Gómez Guillén, religiosa de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, en diciembre de 2014. En concreto, la edición elimina la bibliografía (que se echa en falta) y los capítulos segundo y quinto para reducir la obra a tres apartados enmarcados, respectivamente, por una introducción y una conclusión (que resume las claves interpretativas que alimentan el estudio).

El volumen propone un enriquecedor y sugerente acercamiento a Teresa de Cepeda y Ahumada desde la hermenéutica de la crítica feminista para plantear una lectura actualizadora de la obra escrita teresiana y, sobre todo, de la mujer que la compuso. Cada uno de los tres capítulos presenta una diferente, pero complementaria, aproximación a la Santa carmelita: primeramente, se tiene en cuenta el amplio contexto sociocultural de la Castilla del XVI; a continuación se analiza el marco espiritual de la reforma y Contrarreforma y, por último, se atiende al ámbito íntimo y familiar (en el cual Teresa también ejerció de líder y maestra espiritual).

Como se ha dicho, el primer capítulo tiene la intención de explicar la realidad social que influyó en la configuración de la personalidad e identidad de la mujer, escritora y mística del Carmelo. Para ello, se expone un repaso de los tipos femeninos (que combinan causas biológicas, estados sociales y, podría decirse, motivos raciales) y sus valoraciones en la España del Renacimiento: doncellas, casadas, viudas, solteras, monjas, criadas, esclavas, prostitutas, judeo-conversas, moriscas, gitanas y brujas. La autora recoge citas de moralistas, humanistas y teólogos que se sintieron con el derecho y el deber de

imponer modelos de comportamientos para las mujeres honradas, es decir, doncellas, casadas o monjas: los tipos socialmente integrados. De esta manera, podemos conocer el imaginario social en el que se educó Teresa y valorar su comportamiento subversivo. Teresa rechazó explícitamente el matrimonio y luchó por una vida espiritual distinta a la que podía encontrarse en los espacios religiosos de la Contrarreforma; y ello la condujo a fundar diversos conventos de la nueva Orden del Carmelo Descalzo.

El capítulo central se encabeza significativamente con el mismo título que el libro: “Entre obediencia y trasgresión”. Nos habla de la atmósfera espiritual de renovación que enmarcó la vida y el crecimiento interior de Teresa de Ávila. Los deseos de búsqueda de una piedad verdadera basada en la experiencia personal de lo divino más que en la razón ya se encontraban en la Península a finales del siglo XV y se enriquecieron con las ideas erasmistas y los deseos de reforma espiritual del Renacimiento, que abogaron por la oración mental y la búsqueda humilde, íntima y sincera de Dios.

Teresa no pudo disfrutar del ambiente favorable a la reforma, que había otorgado cierto magisterio a las vivencias místicas femeninas y había posibilitado el acercamiento a los textos bíblicos -raducidos en romance- de devotas y devotos sin altos conocimientos de Teología. Todo ello había alertado a las altas instancias de la jerarquía eclesiástica que identificó, muchas veces erróneamente, devoción íntima con judaísmo, alumbradismo y luteranismo. Con el Concilio de Trento, la Inquisición publicó Índices de libros prohibidos que incluían las traducciones de textos bíblicos y espirituales a lenguas vernáculas, que tanto habían ayudado al progreso interior de la gran lectora que fue Teresa de Jesús. Giselle considera que esa censura empujó a la carmelita a escribir, para entenderse mejor y para guiar a otras almas.

La escritora se atrevió a componer tratados espirituales

que defendían una piedad interior consciente de pertenecer a una familia judeo-conversa y, por tanto, correr el riesgo de despertar la sospecha de herejía. En su caso, además, se sumaba el ser mujer y querer hablar de vivencias místicas que otorgaban un alto saber. Ello explicaría la retórica de la obediencia, o en palabras de Alison Weber la “retórica de subordinación femenina”, que emplea en sus textos y que respondería a una astuta manera de congraciarse con el poder oficial que debía permitirle su deseo de comunicar por escrito lo que Dios, su Maestro, le había enseñado. Es decir, sus constantes alusiones a ser mujer, enferma e iletrada responderían a la adopción -aparentemente- del papel de mujer obediente y subordinada a la jerarquía eclesiástica y al sistema de valores patriarcal (que recluía a la mujer en el silencio doméstico o conventual). Se presentaba como escritora por petición y para cumplir una orden, pero, en realidad, ella deseaba verbalizar sus vivencias espirituales y comunicarlas a quien quisiera leerla (no solamente monjas) para ayudar en el camino de crecimiento interior. El acercamiento a lo divino, trascendente o al Misterio -como lo denomina Giselle Gómez- que Teresa pudo experimentar es el que le dio fuerza y seguridad para hablar sobre temas que conducen a una Teología mística basada en la vivencia y el amor.

Aunque consiguió ser escuchada y respetada, tuvo que hacer frente a varias revisiones que la Inquisición realizó de sus textos. Tras su muerte, las críticas siguieron y se fundamentaron en la idea de que ella había defendido un saber al margen del que detentaban los letrados y había llegado a trasgredir el orden natural por ser maestra de clérigos. Asimismo, su doctrina sobre la oración contemplativa se acercaba peligrosamente a la defendida por alumbrados y alumbradas y, además, por el luteranismo porque parecía propugnar una comunicación directa -sin intermediarios eclesiásticos- con Dios. Pero, como declara Giselle, Teresa siempre defendió su pertenencia a la Iglesia, tuvo muy en cuenta los sacramentos y leyó textos espirituales que entrarían dentro de la ortodoxia católica,

como: las *Cartas* de San Jerónimo, las *Morales* de San Gregorio Magno, las *Confesiones* de San Agustín, el *Tercer Abecedario* de Francisco de Osuna o *La Imitación de Cristo* de Tomas de Kempis.

No solamente su faceta de escritora despertó malquerencias y sospechas, también lo hizo su admirable labor fundacional. Con inteligencia y alto conocimiento, vadeó las diversas circunstancias adversas y contó con el apoyo de gente importante de la nobleza y de la Iglesia; incluso el propio Felipe II creyó en su carisma. La obra fundacional y literaria de la Santa responden al deseo de modificar o revisar modelos sociales, valores patriarcales y prejuicios morales. Para ello, Teresa combinó con ardua destreza diversas estrategias que pasaron por la obediencia -intermitente- a las normas y la aceptación -con reservas- de ciertas afirmaciones sobre la debilidad moral de la mujer. En este sentido, Giselle aplica con acierto el concepto de “mujeres sincréticas” o “cautivas- emancipadas” que Marcela Lagarde emplea para definir a las mujeres contemporáneas -que conjugan ideas tradicionales y novedosas del género- para definir la actitud ambigua que observamos en Teresa de Jesús ante el poder social y político de su tiempo.

En el tercer apartado del libro, se continúa ahondando en los conceptos de “obediencia y transgresión” que permiten caracterizar en profundidad a la escritora carmelita. En este caso, se estudia el marco familiar para descubrir cómo la relación ambivalente que Teresa mantuvo con su padre (respeto pero también subversión y búsqueda de autonomía) marcó los vínculos problemáticos que sostuvo con otras figuras de poder y, además, conformaría la mencionada retórica de humildad que caracteriza su estilo. En esa línea, se enmarcaría el análisis que se desarrolla en torno al empleo de los términos: “mujer”, “hombre”, “varón” y “mujer varonil” en los textos teresianos.

Más sugestivo resulta el estudio de la lucha con el

lenguaje heredado que Teresa protagonizó para hablar de su experiencia de Dios en femenino; y que la condujo a emplear imágenes del mundo real que conocía. Las imágenes asociadas a la vida cotidiana propia de las mujeres (pan, perfume), las relacionadas con la naturaleza (agua, animales, huertos, flores) o con los espacios arquitectónicos (donde destaca la alegoría del castillo), así como las vinculadas al ámbito humano (la persona devota como niño que mama de un Dios maternal), le permitieron expresar simbólicamente su hallazgo revelador de lo absoluto, que la había abierto a una nueva vida, para acercarlo a mujeres y hombres. Giselle ha destacado como esa manera poco ortodoxa de explicar la experiencia inefable de lo divino conecta con la teología feminista: interesada en hallar “nuevos lenguajes y símbolos que permitan una concepción relacional y amorosa de Dios y que puedan expresar a Dios -misterio que nos envuelve y atrae- de otro modo”. En este sentido, cabe recordar el concepto de “retórica de la incertidumbre” que explica Luisa Muraro en su relevante libro *El Dios de las mujeres*.

El libro concluye argumentando que Teresa de Jesús no queda tan alejada de nuestro tiempo porque refleja la capacidad de experimentar lo divino que hay en cada persona; vivencia que empuja a involucrarse en los problemas de la sociedad y defender la justicia, la concordia y una relación fructífera entre mujeres y hombres y, especialmente, entre las propias mujeres donde se reconoce una relación mutua de autoridad edificante.

Sin duda, el libro de Giselle Gómez plantea un estudio que amplía la comprensión y justa valoración de la obra y vida de la primera Doctora de la Iglesia, que nació cinco siglos atrás pero todavía tiene muchas cosas que enseñarnos.

VV. AA., *Heloïse Perfundet Omnia Luce*. Libro/objeto de arte. Barcelona: Centre de Recerca Duoda, 2015. 2 libros + estuche. ISBN 78-84-942716-0-1. 90 €*

Un regalo que llega de Barcelona

El libro parece un cofre, por el oro brillante de los caracteres del título impresos en el estuche blanco que lo contiene: *Heloïse perfundet omnia luce* (Eloïsa lo impregna todo de luz), en un crescendo luminoso.

Se anuncia como una obra coral: debajo del título, siempre con letras impresas en oro, aparecen como autoras Les Dones del Centre de Recerca Duoda de la Universitat de Barcelona. Se crea así desde el principio, ya antes de abrir el texto, un tornasol y un pasadizo inmediato entre el saber y la energía amorosa de Eloïsa, que nos hablan desde una distante lejanía, y la Universidad de Barcelona, que en el presente le restituyen existencia y significado a través del encuentro con la búsqueda visual de la artista Elena del Rivero, basada en la figura de Eloïsa. Eloïsa, como recuerdan los escritos que el libro contiene, vivió en un siglo, el XII, de especial libertad de pensamiento sobre todo en lo que respecta a las mujeres. Fue contemporánea de Hildegarda de Bingen y es un ejemplo de relación fecunda de intercambio de amor y de saber entre un hombre y una mujer que se mantuvo fiel a sí misma.

Hoy las mujeres están presentes en las universidades, adonde han llevado, después de siglos de *damnatio memoriae*, una cultura que no está separada de la vida, enraizada en el tejido relacional de la existencia. Elena del Rivero es una artista visual que, como dice María-Milagros Rivera Garretas en el texto introductorio, ha sabido captar el momento justo, el *kairós*, para restituir esta figura de mujer sabia a la universidad mediante un

* Traducido del italiano por María-Milagros Rivera Garretas.

complejo e intenso trabajo visual multimedia, encarnando su presencia precisamente en ese espacio, antigua sede del saber masculino.

El elegante estuche contiene dos libros: uno lleva la huella de la *performance* de Elena del Rivero en los fotogramas de la filmación del vídeo, y del otro sorprende inmediatamente el gran cuidado con el que ha sido elaborado: el lomo encuadernado al desnudo con hilo de raso azul, las letras iniciales resaltadas por un fondo turquesa, rojo escarlata u oro que evocan en clave contemporánea los antiguos incunables y manuscritos miniados. El libro contiene una obra colectiva, un cruce de miradas y de experiencias, de competencias nacidas del diálogo de las investigadoras y docentes de Duoda con Elena del Rivero.

El libro está compuesto por los escritos de María-Milagros Rivera Garretas, Elisa Varela Rodríguez, Assumpta Bassas Vila y Marisé Clement López. Están presentes también una poesía de amor de Abelardo a Eloïsa y dos *Incipit* de dos cartas de Eloïsa a Abelardo; y contiene la documentación de la obra visual de Elena del Rivero: una instalación y una *performance* efectuada en la Universidad de Barcelona, los dibujos preparatorios del tapiz que fue colgado en la escalera noble de la universidad, y algunos fotogramas del vídeo de Marta Vergonyós y Anna Sanmartí proyectado sobre el propio tapiz. En el texto se documenta también la intervención musical sobre el sonido del tiempo que Llorenç Barber ejecutó en la inauguración de la instalación en la Universidad de Barcelona el 10 de diciembre de 2009.

Yo no asistí al acontecimiento, pero gracias a este texto puedo hacerme cargo de su trascendencia y su riqueza de significados, y reconocer el pensamiento y la capacidad de escucha de las mujeres de Duoda.

El eje en torno al cual gira todo el trabajo es la relación entre dos culturas distintas (en un lugar, la universidad, del que tradicionalmente se apropió el poder masculino)

y la convicción de la necesidad de que estas dos culturas dialoguen para que el mundo pueda ser transformado por él. La aparición de Eloísa, encarnada en la artista Elena del Rivero, que desciende regiamente la escalera noble de la antigua universidad, es el testimonio de lo que ya está sucediendo gracias a la presencia, en ese lugar, de las mujeres y de su cultura: y nada volverá a ser como antes.

Eloísa camina majestuosa, sus pies desnudos tocan delicadamente los peldaños de piedra gris, su falda es de oro brillante. En sus hombros se apoya un velo con el escudo de la universidad, que deja caer según avanza, el busto desnudo, la blandura de los senos indefensa, el gesto amplio de los brazos nos remite a la iconografía de María, representada en el escudo más antiguo de la Universidad de Barcelona: *Ex me mirabilis facta est scientia tua*. Esta aparición es testiga y mensajera de nuevas transformaciones y de esperanza, en un presente difícil. Eloísa desciende con calma solemne por la escalinata entre los carteles llenos de gritos y de peticiones de cambio del alumnado que ha ocupado la universidad, mientras afuera, en el mundo se desencadena la violencia de un patriarcado moribundo. Nunca como ahora han sido llamadas las mujeres a resignificar y encarnar símbolos y palabras para hacerlas coincidir con la vida, para repensar el mundo.

Por eso me parece tan importante y eficaz el trabajo de resignificación y de restitución de Elena del Rivero. Su búsqueda visual se concentra en el mensaje de uno de los logotipos de la Universidad de Barcelona, cuyas palabras *Libertas perfundet omnia luce* son convertidas en *Heloïse perfundet omnia luce*. La libertad, para serlo, para impregnar el mundo de su luz, tiene que ponerse en diálogo y a la escucha del saber que viene de la experiencia femenina, rompiendo la fijeza y el narcisismo del pensamiento único: tiene que hacer sitio a Eloísa.

Libertad es una palabra femenina: cuando es representada en la tradición artística, toma cuerpo de mujer. Un cuerpo

que, sin embargo, es un simulacro: basta pensar en la Marianne del famoso cuadro de Delacroix “La libertad que guía al pueblo”, convertida en símbolo de la República francesa, un cuerpo femenino en las barricadas con el pecho desnudo, cuando en la realidad había sido borrado y llevado al patíbulo. Durante la revolución francesa, Olimpia de Gouges,¹ que había luchado por la libertad de las mujeres, sería decapitada, y las mujeres confinadas dentro de las paredes domésticas.

La aparición del nombre de Eloísa tejido con el color de la sangre,² asume entonces este significado: poner un cuerpo verdadero en el lugar del simulacro, encarnar la palabra.

La búsqueda de sentido, de palabra encarnada, por parte de Elena del Rivero alcanza también al logotipo más antiguo de la Universidad de Barcelona, *Ex me mirabilis facta est scientia tua*, que, como los de las universidades europeas antiguas, alude a la Madre de Cristo. La gestualidad de la artista que en ella se inspira mientras baja con su falda luminosa la escalinata de la universidad, restituye fuerza y significado a la figura de María como matriz de conocimiento, mediadora entre lo humano y lo divino.³ La figura de Eloísa y la figura de María se funden así en el aquí y ahora del cuerpo en movimiento de la artista, las palabras del escudo de la universidad salen de la abstracción y se convierten en cuerpo viviente.

El escudo universitario recreado por Elena del Rivero está tejido en un tapiz proyectado por ella que estuvo colgado durante dos meses en la escalera noble del rectorado de la Universidad de Barcelona. Las palabras *Heloïse Perfundet Omnia Luce* rodeaban el óvalo del centro del escudo, dejado en blanco para que acogiera la proyección en bucle del vídeo con la acción de la artista: el avanzar de su cuerpo, los detalles de los pies desnudos, de las manos, de los pechos, de la garganta. El escudo se anima y late con vida, se abre a la aparición del cuerpo femenino, cuerpo y palabra coinciden.⁴

Esta obra de resignificación y de restitución de Elena del Rivero me lleva a pensar en una experiencia vivida en mi ciudad, sede de la universidad más antigua de Europa, en la que me licencié. El escudo de la Universidad de Bolonia lleva las palabras *Alma Mater Studiorum*; la figura de la Virgen y Madre está representada en tres recuadros distintos. En uno está sentada en su trono con el niño, entre dos grupos de clérigos en desacuerdo, y representa la capacidad de resolver los conflictos, la autoridad y la sabiduría relacional de la madre, nutricia y maestra, capaz de mediar entre lo humano y lo divino. Pero esta representación tan rica de significados puede convertirse en una efigie inmóvil y sitiada si pierde su potencia de encarnarse en una práctica de diálogo y de escucha recíproca.

Las palabras *Alma Mater* se me aparecieron por primera vez enfocadas en toda su trascendencia y significado más profundo el día en el que vi a las Madres argentinas de la Plaza de Mayo en el Aula Magna de la Universidad de Bolonia cuando les fue conferido el doctorado *honoris causa*, después de la *laudatio* o discurso de Letizia Bianchi, profesora de esa universidad. Fue un acontecimiento de altísimo significado para mí y para toda la ciudad de Bolonia cuando el rector de la universidad mostró en su discurso que reconocía en la grandeza de esas madres la potencia simbólica de las palabras *Alma Mater*. Entendí en qué mundo más inteligente y armonioso se podría vivir si la capacidad de escucha y de reconocimiento mutuo que vi en esa ocasión se convirtiera en práctica de vida.

Pensando en mis años de estudios universitarios, sé que los habría vivido felizmente y con menos sensación de ajenidad si hubiese conocido las muchas figuras de mujeres creadoras que después me restituyó el feminismo con su vasto trabajo de investigación. Me habría dado fuerza saber de la presencia femenina en la cultura y en el arte de la ciudad de Bolonia, donde las mujeres se nutrieron unas a otras creando una tradición y permitiendo, así, a

algunas alcanzar la excelencia. Aquí las mujeres enseñaron en la universidad desde el siglo XIII,⁵ y desde el XVI las artistas esculpieron y pintaron obras presentes desde hace siglos en las iglesias y en los museos de la ciudad. Pero también de esa sensación de ajenidad nació mi encuentro con el feminismo.

La obra de Elena del Rivero, su original pensamiento visual, forma parte de esta grandísima obra de restitución y de construcción de genealogía femenina.

Leo y miro el libro que lo documenta, *Heloïse Perfundet Omnia Luce*, como una obra relacional, un ir y venir entre el pensamiento-visión de la artista y la mirada y el pensamiento de quien lo acoge, lo revive y recrea. El libro es una huella de este movimiento y de este trajín relacional, y un ejemplo de la energía transformadora que procede del trabajo de una artista que pone en el centro de su búsqueda la grandeza femenina, el amor a sus semejantas y a su genealogía.

Carla Lonzi dijo que para que revivan las mujeres del pasado nosotras tenemos que prestarles nuestra sangre.⁶ Son las mujeres del presente quienes les vuelven a dar cuerpo y voz. Por eso hoy Eloïsa puede reaparecer trayéndoos la luz de un saber que no está separado de la vida.

notas:

¹ Olympe de Gouges redactó la *Declaración de los derechos de la mujer y de la ciudadana* en septiembre de 1791. Fue decapitada el 3 de noviembre de 1793, durante el Terror. El cuadro de Eugène Delacroix es de 1830.

² Véase Assumpta Bassas Vila, p. 29.

³ Véase María-Milagros Rivera Garretas, p. 6.

⁴ Sobre la necesidad, por parte de las mujeres, de que coincidan palabra y experiencia, pienso también en Artemisia Gentileschi con su "Autoritratto in veste di allegoria della pittura". En las alegorías de la pintura los artistas utilizaban el cuerpo femenino como un bello simulacro que asistía al acontecimiento de la creación por parte del hombre, sancionando una separación entre cuerpo femenino y genio creador. Artemisia se puso a sí misma, su propio cuerpo de mujer artista en el acto de pintar, en el lugar de

la alegoría, haciendo que la idea de pintura coincidiera con su propio cuerpo.

⁵ Cuenta la leyenda que Bettisia Gozzadini (1209-1261), la primera mujer que dio clase en una universidad, y Novella D'Andrea (1333-?) enseñaron derecho en la Universidad de Bolonia. La fantasía popular cuenta que tenían que dar clase cubiertas con un velo o detrás de un telón, para no trastornar a los alumnos.

⁶ Carla Lonzi, *Armande sono io!*, Milán: Scritti di Rivolta Femminile, 1992.

Ha escrito María Zambrano que cuando la verdad se revela a través de la evidencia, esta puede servir de método, al menos, por dos razones. La primera es que dicha verdad es generadora de una estructura necesaria para el pensar. Pero la otra razón, menos visible según la filósofa, es la que aquí interesa. Más potencial por actuante, pese a su aparente carencia, cuando ésta se da -verdad revelada a alguien- quien la escucha queda en estado de disponibilidad, de abertura a la confianza.

En mi experiencia de lectura, el último libro de María del Carmen Piñas Saura, *La esperanza habitada. Filosofía antigua y conciencia hermética*, nos conmueve a ese estado de disponibilidad, escritura confiada cuya lectura nos sitúa continuamente ante límites porosos. Ante un *entre ser* que también la palabra esperanza invoca sacándonos con alivio de la encrucijada discursiva entre saberes y poderes, tan común a nuestro pensamiento postmoderno.

Si transcender es también el intento de atravesar la realidad mostrando que en ella se dan infinitas posibilidades, más allá de esa verdad única sobre lo real que el pensamiento mecanicista se afana en imponernos, pienso que este libro es también una memoria de la transcendencia. Memoria que produce un desplazamiento libre abriendo pasajes entre vida y pensamiento.

Un libro atravesado por un deseo de escritura cuya audacia cava túneles y galerías que nos llevan, de nuevo, a ese pensar analógico, a la fuente original y matriz del pensamiento. *La esperanza habitada* despliega una cartografía necesaria para volver a pensar la filosofía, no solo como teoría sistemática sobre la realidad o ejercicio crítico sino como el retorno a un saber esencial del pasado,

como guía a *un tiempo por venir de sentido transcendente*. Carmen Piñas vuelve al pensamiento antiguo para elaborar su propuesta de “pensar retroprogresivo”. *Volver a la physis es volver al origen*. Pensamiento original, saber de las entrañas, que diría Empédocles y que nos devuelve el misterio de una realidad encarnada junto con la posibilidad de establecer puntos de contacto con un conocimiento que se manifiesta a través de la intuición -y no solo a través de la acumulación de saberes y la hermenéutica de los textos. De ahí la invitación de este libro a un viaje al submundo de esa filosofía -Parménides, Heráclito- que apegada a la vida aún custodian los viejos mitos y rituales iniciáticos.

Se trata de un *pensar dispuesto para el nacimiento y no para la reiteración*, nos advierte su autora. Pensamiento anterior a las viejas separaciones dualistas bajo un deseo de comprensión que se mueve más allá de estas para volver a unir lo analítico y lo intuitivo.

A su vez, de forma magistral, su autora va tejiendo y destejiendo una preciosa madeja plagada de ricas intertextualidades y referencias en las que la poesía y el arte juegan un papel fundamental porque nos permiten ampliar el campo de lo real y lo posible. A la luz de esa madeja, destaca su revisión del pensamiento de Zambrano, de Jung y la filmografía de Andréi Tarkovski para mostrarnos la posibilidad de volver a pensar el pensamiento como forma de vida que estimula la experiencia interior. La única capaz de provocar esa transformación necesaria e interna que permite el milagro: volver a aprender a mirar.

Pero además, *La esperanza habitada* es también un libro de fuerte intensidad política, que recoge la confusión de los tiempos, la metáfora desposeída de la poesía actual -huérfana de imágenes desveladoras, cargada de sujeciones huecas-, aunque quizá su mayor gracia se deje sentir en que la autora no trata de darnos respuestas sobre lo que es el mundo, ni cuestiona las ideologías imperantes. El

método que guía este libro es también una fuga y el lugar desde el que se habla un intento logrado de estimular los ojos del corazón. De ahí su invitación a la apocatástasis de ese pensamiento primero en el que la intuición, como método de conocimiento, ni agota el mundo ni agota lo que mira.

Pienso, siguiendo el movimiento de otras, que esa gracia para encontrar puntos de contacto en planos aparentemente separados y devolverlos de nuevo unidos es algo que han hecho más mujeres que hombres. Desde Hadewijch de Amberes (siglo XIII) hasta Margarita Porete (condenada a la hoguera en 1310) y otras autoras de la teología en lengua materna. Pienso en el pensamiento de filósofas como Simone Weil, Edith Stein, Hannah Arendt, Luisa Muraro o en la misma Zambrano. Filósofas cuya metafísica viviente regresa al corazón para volver a pensar por amor al mundo.

Nos recuerda la autora que solo se entiende lo que se ama. También que el gran obstáculo no es la realidad sino su representación. De ahí que la escritura de este libro se mueva en círculos que retornan al corazón, imaginación creadora, sabiduría latente en el origen, pensamiento cuya representación de la realidad queda abierta, liberada, disponible a la transcendencia.

Si como enseña María Zambrano, a cuyo pensamiento esta autora ha dedicado otros trabajos, la envidia es un mal sagrado, María del Carmen Piñas Saura ha escrito un libro envidiable. Libro que enseña a mirar, a restablecer nuevas mediaciones con lo real a través de un juego libre que en este libro se llama esperanza. Una esperanza entendida como la posibilidad de que el amor acontezca a este mundo. De ahí que la esperanza se presente también ligada irremediabilmente a la dependencia humana y relacional. Dependencia que también abre vías de libertad cuando reconocemos que vinimos al mundo en relación y que la necesidad de las otras y los otros nos hace libres. Es común encontrar en la iconografía del siglo XIX y antes

en la renacentista, la imagen de la esperanza representada como una muchacha con los ojos vendados. Figura alegórica cuya potencia epistémica pide ser pensada. La muchacha con los ojos vendados, no solo renuncia a la certeza sostenida por el conocimiento lógico y acumulativo, sino que queda abierta al misterio de la espera confiada. Una espera cuya certeza, verdad y método que la guían, se orienta en este libro bajo el signo amor.

Pienso que desde ahí la escritura de María del Carmen Piñas Saura se mueve libremente anclando su deseo de escritura en el corazón. También por eso es este un libro imprescindible. Un libro que parece escrito bajo el mandato de una orden que, alejada del orden moral, se mueve en ese otro plano donde lo humano, pese a todos los males, cumple con su destino.